
Investigación educativa y responsabilidad social universitaria

Reflexión del Lic. Luis Rafael Velasco, SJ
Rector de la UCC

A modo de reflexión transcribimos a continuación la conferencia que dictó el R.P. Lic. Rafael Velasco, Rector de la Universidad Católica de Córdoba, el pasado 19 de abril de 2010, con motivo del acto de apertura de la tercera cohorte de la Maestría en Investigación Educativa que se dicta en la Facultad de Educación de nuestra Universidad.

En esta conferencia, el Padre Velasco abordó la temática de la investigación vinculada a la proyección social y a la docencia. Luego planteó el tema de la incomunicación y la violencia social -fenómenos clave de nuestro contexto actual- a partir del análisis de dos mitos: la torre de Babel y los hermanos Caín y Abel. Finalmente, culminó su exposición señalando la importancia de investigar para ayudar a transformar la realidad, tendiendo puentes para ampliar los espacios de diálogo y comprensión social.

Primero debo aclarar desde dónde voy a hablar: hablo fundamentalmente desde la filosofía y la teología, es decir desde otra disciplina diversa. Y con un sesgo particular: la docencia. He trabajado con adolescentes y jóvenes durante la mayor parte de mi vida. Además he trabajado en instituciones educativas (de los tres niveles).

Aproximación

La producción del conocimiento, particularmente en lo referente a la cien-

cia de la educación se encuentra desafiada por preguntas y cuestionamientos de la realidad; por lo tanto, es una producción de conocimiento que intenta buscar respuestas. Intenta responder.

No es ocioso recordar que la palabra responsabilidad proviene etimológicamente de "responsum-dare": dar una respuesta. Al referirnos a investigación educativa vinculada al concepto de responsabilidad social, estamos sugiriendo que la responsabilidad social no es un añadido al proceso de enseñanza aprendizaje y al proceso de producción del conocimiento,

sino que concebimos el concepto de RSU como una respuesta integral.

Las universidades jesuitas de América Latina definimos el término responsabilidad social universitaria como "la habilidad y efectividad de una universidad para responder a las necesidades de transformación de la sociedad donde está inmersa, mediante el ejercicio de sus funciones sustantivas: docencia, investigación, proyección social y gestión interna. Estas funciones deben estar animadas por la promoción de la justicia, la solidaridad y la equidad social, mediante la construcción de respuestas exitosas para atender los retos que implica promover el desarrollo humano sustentable".¹

A la luz de esta definición se ve que la investigación se encuentra vinculada estrechamente a la proyección social (o el impacto social del conocimiento) y a la docencia, en un contexto organizacional y de impacto ambiental.

Investigación y contexto

Intentamos hacer ciencia desde contextos determinados y -muchas veces- determinantes; no desde un lugar aséptico. Quiero decir que al producir conocimiento lo hacemos desde un determinado lugar y también con una finalidad. Siempre hay una inquietud, un desafío, un problema que capta nuestra atención y nuestro deseo de buscar respuestas adecuadas. Ese conocimiento producido está teñido del contexto desde el que reflexionamos y a su vez va a abonar ese contexto, para bien o para mal.

Soy consciente de que hablar de contexto es hablar ciertamente de un recorte de la realidad, a veces arbitrario. Pero estamos reflexionando desde Córdoba, Argentina, en esta etapa de la historia y eso tiene sus consecuencias y condicionantes.



LIC. LUIS RAFAEL VELASCO, SJ
Rector de la Universidad Católica de Córdoba

Es Profesor de Filosofía por la Universidad del Salvador y Licenciado en Teología por la Pontificia Universidad de Comillas (Madrid).

Fue Rector del Colegio del Salvador, Buenos Aires; Vicerrector de Medio Universitario de la Universidad Católica de Córdoba y Profesor de Teología I en las Facultades de Ciencias Químicas, Medicina e Ingeniería de la UCC.

También fue fundador y director de la revista Huellas Ignacianas del Colegio del Salvador y miembro de los grupos literarios El Sello, el Cráneo y la Sed" y "Bajopalabra". Participó como disertante en diversas jornadas y talleres y publicó numerosos libros y artículos en revistas, boletines y medios masivos de comunicación.

¹ AUSJAL (2009). *Políticas y sistema de autoevaluación y gestión de la RSU*. Córdoba: Alejandría. Pág. 18.

Estamos -y ésta es una visión particular que va a marcar mi exposición- en un contexto marcado por la violencia y la incomunicación. Y esa violencia e incomunicación afecta el ámbito educativo institucional (demostremos una mirada a las escuelas públicas y no tan públicas de nuestro entorno) porque afecta a la sociedad en la que vivimos y de la que somos parte.

Como decía Jacques Julliard en su libro *La escuela de la tiranía*, "al pretender abrir la escuela a los valores de la vida, lo que se ha hecho es introducir los valores de la televisión: policías, drogas, corrupción, pandillas, violencia, obscenidad, y esta apertura es la que ha dado los resultados ya conocidos. Si la escuela debe construirse a semejanza de la vida, entonces es preferible el original a la copia; llegando al fondo de esta lógica inepta: cerraremos las escuelas y dejemos a los niños en la calle".

Si bien se pregonaba que estamos en la era de la comunicación, lo que prima hoy -también en el ámbito educativo- es la dificultad de escuchar y de darse a entender. Entendiendo escuchar como hacer lugar al otro, intentando comprenderlo, y darse a entender como algo diferente a gritar o utilizar -para que la clase sea entretenida- métodos tecnológicos actuales vaciados de contenidos.

Esta dificultad de comunicación trae aparejada la dificultad de comprender y aceptar al diferente, lo que trae como consecuencia, muchas ve-

ces, la exclusión y la eliminación del diferente -en particular del más débil-. Su exclusión del sistema educativo y social.

Y la educación es el esfuerzo por comunicar y generar espacios de comunicación, logrando sacar lo mejor de sí de las personas, justamente para poder vivir en un contexto mejor, de justicia y solidaridad; es además -podría decirse- el intento orgánico y constante de una sociedad por rescatar a sus miembros de la violencia.

La realidad de la violencia cotidiana a la que ya estamos acostumbrados no es casual, es consecuencia de un consenso impuesto desde quienes ostentan el poder político y económico a nivel mundial. El famoso "consenso de Washington" ha elaborado su evangelio y su catecismo que se anuncia en sus templos y plazas. Este catecismo, dice Ricardo Petrella (2005), se explica así: "los dominantes le van a proponer a los dominados, a los pobres y a los excluidos que acepten el carácter inevitable y natural de la pobreza y la lucha sin piedad por la supervivencia individual. En el marco de la globalización no hay un 'nosotros' dicen los ultraliberales, sino una infinidad de 'yoes' en competencia entre sí por el acceso a los bienes y a los servicios esenciales. Predicado durante treinta años como principio inspirador y movilizador de la civilización occidental, el evangelio de la competitividad va a servir como argumento para explicar y justificar la perennidad de la pobreza".²

² Petrella, R. (2005, agosto). *Changer le monde, c'est possible! Le Monde Diplomatique*, Paris.

Este contexto tiene consecuencias prácticas de desocupación, precariedad laboral, luchas por la supervivencia, la aparición de los nuevos pobres, y otras realidades que afectan el ingreso y la permanencia de los alumnos en el sistema escolar, y afectan seriamente a las familias.

Por otra parte la aparición del mundo virtual de Internet y demás realidades del ciberespacio ha traído beneficios y consecuencias que otros han analizado mucho mejor que lo que yo podría hacerlo aquí.

Pero esta realidad genera consecuencias, y tiene sus causas. Así como es imposible negar sus incontables beneficios: acceso instantáneo a información, capacidad de vincularse con realidades lejanísimas en tiempo real, mayor disponibilidad de recursos, información y estímulos, además de la capacidad de relacionarse con todo tipo de gente a través de las ya muy populares "redes sociales"; también trae aparejado el problema serio del aislamiento y la incapacidad de establecer relaciones reales (en las que se sufre, se ama, se llora y se ríe), y estas son reemplazadas por relaciones virtuales que alienan y profundizan la tendencia al egoísmo y al individualismo, propio de nuestro tiempo. Un tiempo ávido de solidaridad, pero profundamente marcado por una cultura -en occidente- herida por la visión económica, social y política del neoliberalismo.

En su libro *La catástrofe perfecta*, Ignacio Ramonet habla de los diez man-

damientos de la religión liberal. Comparto algunos de ellos: primer mandamiento: te dejarás conducir por el egoísmo y entrarás amablemente en el rebaño de los consumidores. Segundo mandamiento: utilizarás al otro como medio para tus fines. Tercer mandamiento: podrás venerar a todos los ídolos que elijas, siempre y cuando adores al dios supremo, el mercado. Cuarto mandamiento: no inventarás excusas para evitar entrar en el rebaño. Quinto mandamiento: combatirás todo gobierno y preconizarás la "governabilidad" y la previsibilidad. Sexto mandamiento: ofenderás a cualquier maestro que esté en condiciones de educarte. Octavo mandamiento: violarás las leyes sin dejarte atrapar. Décimo mandamiento: liberarás tus pulsiones y buscarás el goce ilimitado.³

En este contexto se da el intento por educar y por producir conocimiento; se da la investigación educativa. Por ese contexto y ante ese contexto (es decir ante esas personas) tenemos que responder con el conocimiento que producimos; o al menos se supone que ese contexto no puede dejarnos indiferentes al investigar.

Un análisis desde los mitos

Voy a abordar el tema de la comunicación y la violencia desde el análisis de dos mitos originales, dos relatos arquetípicos con fuerte contenido teológico, con el fin de intentar iluminar la búsqueda de respuestas.

³ Tomado de Dany-Robert Dufour (2007). *Le Divin Marché. La révolution culturelle libérale*. Paris: Denoel.

El problema de la in-comunicación

El problema de la comunicación es un tema que se aborda tempranamente en la Biblia. A la pregunta de por qué no podemos comunicarnos, no nos comprendemos los seres humanos, la respuesta es el mito de la torre de Babel.

El mito es conocido: los seres humanos dicen "hagamos una torre para perpetuar nuestro nombre sobre la tierra". Dios al ver eso baja, y al ver que se proponían llegar hasta el cielo (pretender ser como dioses, que fue el pecado original) decide confundir las lenguas y así comienzan a no entenderse; y de ese modo, dice el texto, dejaron de construir la ciudad (porque ya no se entendían) y se fueron diseminando por toda la tierra.

La confusión del lenguaje, la ausencia -ya- de códigos comunes impide la comunicación y eso trae la fracción y la dispersión de la humanidad.

El mito presenta una visión teológica respecto al estado de incomunicación e incomprensión: es fruto de la soberbia humana y su competencia con Dios, pero también a que la construcción vertical de la torre ha ido eliminando la horizontalidad en la que es posible el diálogo.

Hay aquí una primera constatación: la incapacidad de comprendernos significa que en determinado momento comenzamos a llamar a las mismas cosas de distinta manera, dejamos de compartir los mismos códigos y por eso ya se hace imposible la comunicación. Y el resultado es que el emprendimiento común queda abandonado.

Socialmente esto hoy es el pan de cada día. La incapacidad de compartir

códigos comunes hace que abandonemos lo de todos, y el bien común sea una quimera. Esto afecta también a la escuela, que en muchos casos se ha convertido en una Babel en la que los idiomas se han tornado incomprensibles: el lenguaje de los funcionarios, los códigos sindicales, las aspiraciones de los alumnos, la precaria formación docente, las angustias y ansiedades de las familias y los contenidos muchas veces anacrónicos suenan a un entrecruzamiento de lenguajes semejante a la torre de Babel.

Y los adolescentes son quienes más reflejan esta realidad. Las diversas tribus urbanas que pululan por nuestras ciudades son una prueba de ello: *emos, floggers, darks, cumbieros*, etc., expresan distintos códigos, que muchas veces son irreconciliables. Por otro lado, los adultos manejando códigos que no son claros: decimos justicia y luego avalamos el doble estándar; decimos que el esfuerzo vale la pena y luego les damos todos los gustos; les decimos que estudiar es valioso, pero luego alabamos el golpe de suerte, la avivada, la corrupción. Babel más vigente que nunca.

Se han rotos los mismos códigos y por eso el emprendimiento común, la construcción de un sujeto común que -en el mito- está representado en la ciudad, se ha postergado. Y eso dificulta la construcción de subjetividad en el proceso educativo. El sujeto se da cada vez más fragmentado, como la realidad.

La razón, mirando al texto, es nuestra incapacidad de ser humanos, la incapacidad de horizontalidad; queremos empinarnos hacia lo alto, pero dejamos de comprendernos en el llano. Eso trae

consecuencias nefastas. Nuestros jóvenes y adolescentes las sufren.

La ciencia tiene una responsabilidad: encontrar nuevos lenguajes, bucear y descifrar lenguajes capaces de tender puentes, de hacer una no-Babel. ¿Qué significan nuestras palabras técnicas ante un niño sin banco, ante una familia que sobrevive hace rato a fuerza de planes sociales y venta de paco? Indudablemente nuestras palabras y nuestros "*papers*" muchas veces son como el rumor de Babel incomprendible para ese "extraño" que es el alumno/a del que nos separan años *bites*.

La investigación educativa, si de verdad quiere dar respuesta -ser responsable-, tiene un amplio desafío: hacer simple lo simple. Nuestras ciencias sociales muchas veces tienden a hacer complejo lo realmente simple: un alumno, un docente frente a frente, debajo de un árbol, he ahí una escuela. Luego viene la realidad gremial, familiar, tecnológica, el estado de las instalaciones, etc. Todo eso es parte del contexto y afecta indudablemente esa relación; pero esa relación es central. Sin eso no hay nada, si todo lo otro no nos deja ver que eso es central: un docente y un alumno interactuando con el conocimiento, seguimos en la Babel pedagógica.

Pero el problema, según los autores bíblicos de esta tradición, viene de más atrás, de otro mito que han colocado antes en el capítulo 4 del libro del Génesis.

Un segundo mito

Caín y Abel: la pareja de hermanos arquetípica. Caín (el que fue concedido) y Abel (el efímero) son presentados

de manera diferente. Caín se presenta como el hijo de Adán y Eva. Abel es presentado como "el hermano de Caín". Esto ya nos da una pista: uno no se comprende sin el otro. El sujeto se construye con otro en frente. Con un hermano.

En la saga de Caín y Abel (Gn. 4, 1 - 16) -donde se simboliza el comienzo de la ruptura de la fraternidad, por lo tanto de la subjetividad- se dice que ambos hermanos pertenecían a culturas diferentes: Caín era labrador, es decir que pertenecía a una cultura sedentaria, que dio origen a las ciudades (la cultura dominante), y Abel era pastor, es decir nómada, en la periferia de las ciudades, por lo tanto más desprotegido y más vulnerable a la intemperie. Ambos representan dos visiones del mundo, dos culturas.

Ambos, dice el texto, ofrecen su culto a Dios, cada uno ofrece un culto diferente, ofrece lo que tiene (uno el fruto de la tierra y otro el fruto del ganado), y Dios ve con agrado el culto del más débil (Abel), pero no rechaza a Caín.

Eso provoca la ira y el disgusto de Caín que comienza a mirar mal al que tiene otra cultura y otro culto y eso se transforma en odio, en descalificación y luego en violencia que lleva a la muerte.

La causa de la violencia, según el mito, está en la incapacidad de Caín de aceptar la diversidad, de aceptar al que es diferente, al más débil y que además Dios ame al más débil.

La violencia social que se ejerce hoy sobre los más desprotegidos (incluso desde los medios, por ejemplo en el absurdo debate sobre la pena de muerte que siempre vuelve como un fruto que

lleva y trae la marea, o el actual debate respecto del aborto, o en la invisibilización de temas centrales) tiene un claro sesgo cainita. La violencia de la exclusión muestra su más cruda faz para tantos chicos y jóvenes que están en las calles, y sufren de la intemperie y el desamparo, muchas veces atrapados por la droga y las recaídas en la cárcel.

La sangre de Abel recuerda a la humanidad que desde el principio está en el ser humano la incapacidad de aceptar al que tiene diversa cultura -es decir diverso modo de ganarse la vida, de vivir, diversas ideas políticas- y diverso culto (diversa manera de relacionarse con lo trascendente). Nos es difícil convivir con los más débiles en la sociedad, con las minorías, los diferentes, los que piensan distinto.

En vez de cuidar unos de otros, en particular de los más débiles, el otro -el diferente- se transforma en una amenaza, y -no pocas veces- en un enemigo. El trato vejatorio que suelen sufrir los emigrantes y las minorías étnicas (en los países centrales y también en nuestra sociedad, no nos engañemos) da sobradamente la razón al mito.

El autoritarismo tiene su raíz en la incapacidad de aceptar al otro, al diferente, al que tiene diversa cultura, diverso culto, diversas ideas políticas y de organización social. Nuestra actual situación política y social habla por sí misma. Esa situación tiene su reflejo clarísimo en las instituciones educativas.

Emmanuel Levinas dice -comentando el texto de Caín y Abel- que la pregunta de Dios "¿dónde está tu hermano?" revela cuál es el pensamiento de

Dios respecto de la humanidad: los seres humanos estamos llamados a responder unos por otros. Caín debe responder, es decir ser capaz de ponerse en el lugar del otro, de su hermano; haciéndose conciente de que no es sólo, sino con otro y que es interpelado a ponerse en el lugar del otro. Esto es una actitud ética. Así ve Dios a la humanidad: unos haciéndonos cargo del lugar del otro, comprendiéndonos desde la fraternidad. Dios no concibe al ser humano solitario, sino como ser hermano. El ser humano construye su subjetividad con otro, éticamente.

Ante la pregunta ética -por el otro (qué hacer con el otro que adviene, con el diferente)-, la respuesta de Caín ("¿acaso soy el guardián de mi hermano?" -burlándose del oficio de su hermano "pastor"= guardián) es meramente gnoseológica. Afirma: Yo soy yo y mi hermano es mi hermano. No tengo nada que ver con él. Somos distintos, por lo tanto "cada uno responde sólo por sí mismo", cada uno "hace su vida", atiende a su propio juego y se las arregla como puede. "Mi cultura es mi cultura y no tengo nada que hacer con la del otro. Y, aún más: si puedo imponerme al hermano, no es asunto de Dios, ni de nadie más". Así es como el hombre se concibe frente a su hermano, dice el relato. La respuesta de Caín señala un modo de construcción (o más bien de deconstrucción) de la subjetividad: desde el individualismo, la incuria por el otro, la cerrazón a mirar y velar por otro.

El mito señala crudamente que el designio de Dios respecto del ser humano no es el mismo que el ser humano tiene de sí mismo. En la figura de Caín se da la negación de la posibilidad de

construcción de fraternidad, de un destino común, de una sociedad en la que haya lugar para la diversidad cultural y cultural, una sociedad que integre a las minorías étnicas, religiosas o de género. Es imposible la sociedad plural, sólo hay espacio para el discurso único que se sostiene, naturalmente, por la violencia.

Dice, también, el relato bíblico que luego de ser expulsado "lejos de la presencia de Dios", Caín funda una ciudad. Es decir que Caín crea un espacio común (una polis, lugar de la política y de la comunicación), en el que los seres humanos deben vivir en común, bajo códigos comunes. Podría leerse esto como un intento de reparar la fraternidad que él mismo rompió. El que ha abjurado del "otro" que lo diferencia (y lo identifica) ahora construye un lugar en el que deben convivir los seres humanos bajo códigos comunes.

Lo llamativo es que a la ciudad que funda Caín le pone el mismo nombre que su hijo. La ciudad se llama Henoc, que etimológicamente significa "dedicación", término de raíz religiosa que está emparentado etimológicamente con "educación". Pareciera que con el tiempo Caín comprende que el remedio a la violencia y a la intolerancia autoritaria es el estudio, la dedicación, la educación.

Entonces, ¿qué hacer?

Animados por estos mitos, intentaré algunas reflexiones.

El camino a desandar, entonces, es largo y tiene que ver con explorar nuevos lenguajes, para salir de Babel, y con la *dedicación* -que es un término de connotaciones religiosas, porque significa

ofrenda, dar lo mejor de sí- y *educación*, que significa conducir, sacar de dentro lo mejor de sí. Hay que sacar de adentro lo mejor de sí: el Hermano que nos habita.

Hay que educar e investigar en Babel y para Babel aún, concientes de que no es posible volver para atrás, no se puede volver a la uniformidad, como pretenden ideologías y corrientes fundamentalistas ("en mis tiempos..."). Hay que formar para la diversidad, para comprender los códigos, para construir códigos comunes y espacios comunes. La investigación debería ayudar a encontrar luz sobre los nuevos códigos y ayudarnos a tender puentes, caminos semánticos de encuentro y reconocimiento.

Hay un lenguaje común a construir por parte de los adultos, ante los niños y jóvenes es el lenguaje de la coherencia y la autenticidad; el lenguaje que incluye y no excluye. De lo contrario seguimos reproduciendo la tragedia de Abel.

Pero fundamentalmente hay que educar para hacerse responsable del otro, en particular del otro diferente, del que es el más débil.

Educar significa etimológicamente: "ex ducere", sacar de sí (lo mejor) y "educare" (conducir). Educación desde estas dos acepciones implica crear un contexto diferente. Empezar a transformar a Babel en la "ciudad aún invisible" de la que habla Marco Polo en sus diálogos con el gran Kan.

En este contexto de incomunicación social que hemos construido, en el que las palabras ya no significan lo mismo, debemos enseñar a habitar, desacelerar y sostener.

En tiempos donde todo fluye, hay que enseñar a habitar, los propios espacios, la propia cultura, la propia vida, educar para el éxtasis y no para el vértigo; por eso hay que desacelerar donde todos aceleran. En una cultura de la competencia hay que formar jóvenes competentes, sí, pero capaces de desacelerar el paso para ver y conmoverse por los apaleados del camino (como el Buen Samaritano); jóvenes capaces de escuchar donde todos hablan, donde todos creen que tener opinión sobre algo es saber.

Se trata entonces de hacer de las familias y los centros educativos espacios de humanización, donde crece otra sabiduría, se gesta otra sociedad distinta de Babel, donde se hace lugar a la esperanza y a la trascendencia, donde es posible sentir la presencia de Dios en la horizontalidad de la vida cotidiana.

Lo dice bellamente Benjamín González Buelta, sj: "Dios pequeño, Dios de abajo/ me gusta que me sorprendas envuelto/ en la ropa de lo cotidiano/ Cuando no te vemos/ porque viajamos en un blindado/ sin ventanas, al que llamamos rutina/ costumbre, conocido, archivado".⁴

La pregunta fundamental

La pregunta que Dios le dirige a Caín, luego del asesinato de su hermano -"¿dónde está tu hermano?"- y que atraviesa toda la historia de la humani-

dad, es la piedra de toque para situarnos, cada uno (universitarios), como ser humano. La familia y los centros educativos (esta universidad también) son espacios de dedicación y de educación. Como universitarios, nuestra respuesta académica y ética a esa pregunta revela dónde nos situamos. Respondemos en realidad no sólo gnoseológicamente, sino éticamente. No respondemos sólo conceptualmente, sino por el hermano y por nosotros mismos.

Sin respuesta ética a la pregunta por el hermano, la dedicación (la religión) y la educación (la academia, y toda la ciencia que producimos y enseñamos) serán una parodia de la respuesta de Caín. La religión será sólo religiosidad vacía, alienante; y la actividad académica será instrucción para ejercer mejor una profesión, mero ejercicio gnoseológico, vanidad universitaria y poco más; en definitiva un instrumento más de opresión.

Por qué y para qué educar... (un problema de sentido)

León Tolstoi afirmaba que "la ciencia no sirve, ya que es incapaz de dar respuesta a las dos únicas cuestiones que conciernen al ser humano: ¿qué debemos hacer? y ¿cómo debemos vivir?"

Tal afirmación -bastante extrema- del escritor algo tiene de fondo.

Ciertamente es mejor saber que no saber, el conocimiento es mejor que la

⁴ Este párrafo está inspirado en un texto del Lic. Ricardo Moscato, publicado en la revista *Huellas Ignacianas*, año 5, número 9. Pág. 8.

ignorancia. Conocer más nos ayuda a mejorar las condiciones de vida, a ser más sabios y a vivir mejor, justamente cuando ese saber va acompañado de sentido. Y aquí volvemos a coincidir con Tolstoi. No alcanza con saber, si no se es capaz de influir en el mundo del sentido ¿para qué se aprende lo que se aprende?, ¿vale la pena aprender? Y, ¿qué hacer con lo que se aprende? Estas son algunas de las preguntas fundamentales para dar razón de nuestra propia identidad. Son algunas preguntas fundamentales a la hora de investigar.

¿Desde dónde y para qué educamos e investigamos? La subjetividad se construye desde el sentido. El sinsentido fragmenta, aliena, "cainiza", si se me permite el neologismo.

La afirmación de Tolstoi es extrema, pero no desacertada, si el saber no va unido al sentido, estamos perdidos. Si el saber no tiene sentido, y no orienta un hacer, entonces no hay formación de subjetividad. Y el sentido tiene que ver con la respuesta a una pregunta básica: ¿dónde está tu hermano? Y, ¿cómo construir juntos la ciudad horizontal?

En este contexto de Babel, se trata de ayudar a dar sentido ante la tentación del sin sentido, la desesperación. Y el sentido está en la respuesta ética por el otro. Construir sentido ayuda a afrontar la dureza de la existencia. Nietzsche decía que "quién tiene un para qué en la vida es capaz de sobrellevar cualquier cómo".

Muchas cosas duras son posibles de ser sobrellevadas si uno sabe por qué, o al menos para qué.

Entonces, después de todo... ¿educar e investigar para qué?

Investigar para ayudar a transformar la realidad, haciéndose responsable del otro, en particular de los más débiles de la sociedad, los "abeles" que toleran hasta lo intolerable la violencia de los "caínes" de todos los tiempos. Implicará generar conocimiento que sirva para tender puentes, para ampliar los espacios de diálogo y de comprensión social. No una investigación narcisista.

Una investigación que produzca conocimiento validado y consolidado para ayudar a nuestros niños y jóvenes a descubrir y desarrollar todo su potencial, con sentido, es decir no como seres económicos sino como seres humanos.

En una sociedad huérfana de sentido, educar es una forma del amor (y el amor es fundamentalmente, comunicación y aceptación incondicional del otro), porque sólo el amor da sentido y trasciende la difuminación de la alteridad, y la canonización de lo banal con las que somos envenenados.

Educar es proteger contra la enfermedad del sinsentido, pero significa preparar para afrontar las consecuencias. Genialmente lo resume Sigmund Freud: "un intenso egoísmo protege contra la enfermedad; pero al fin y al cabo, hemos de comenzar a amar para no enfermar".

Lic. Rafael Velasco, SJ

Rector Universidad Católica de Córdoba

Córdoba, 19 de abril de 2010